

Niñita



Por María Elena Gertner

La niña estaba arrodillada en el centro del cuarto atestado de juguetes. Cinco muñecas fijaban en ella miradas vacías. Las pelucas desgredadas y las mejillas desteñidas presentaban un aspecto lamentable.

Una colorina de trapo estaba acostada en su cunita de madera. Recién ayer la había operado, cortándola medio a medio con las tijeras de la abuela.

-Muñeca tonta, ahora serás una alcancía.

Y comenzó a deslizar moneditas por el vientre abierto de la muñeca.

-Un botón negro es una moneda de siete pesos. Uno de color, cuarenta y cinco pesos.

Buscó de nuevo las tijeras. La de ojos azules y los rizos castaños fue arrancada de su silla.

-Te voy a cortar el pelo, porque ahora irás interna a un convento.

De un tijeretazo rodaron los rizos por el suelo. La voz de la niña se hacía silbante como la de una bruja. Ideaba torturas para sus muñecas: una inyección, una ducha fría. ¿De dónde venía esa fuerza que la arrastraba a la crueldad? Se encaramó en el caballo de madera y comenzó a azotarlo. Lo apretaba con todas las fuerzas de sus piernas delgadas, y un cosquilleo tibio le subía desde los muslos hasta el estómago. Vio todo nublado. La pieza giró y estuvo a punto de caer. Se afirmó en la pared. Sentía las piernas flojas y la cabeza pesada. Trató de contener el llanto, los sollozos le apretaban la garganta. “He hecho algo malo –pensó-. Mi muñequita pelirroja no es una alcancía”. Recogió los rizos de la otra casi con ternura.

-No, no es cierto. No irás al convento. Y tu pelo volverá a crecer. Te lo prometo. He azotado mi caballo. No debo volver a hacerlo.

Pero, ¿qué era eso, esa sensación tibia, como la caricia de una mano cálida entre sus muslos? ¿Era eso lo que la obligaba a destrozar sus juguetes? “Dios me va a castigar –se dijo-. Se morirán papá y

mamá, los abuelos, y tendré que vivir sola con las empleadas o la tía me llevará a la casa de huérfanos. No permitiré que me lleven a la casa de huérfanos. Antes me escaparé”. Salió corriendo de la pieza y se fue a refugiarse al huerto. Quitándose los zapatos, trepó a un árbol, más alto, más alto. “Aquí no podrán encontrarme”.

“Los huérfanos caminando de a dos en dos, con caras feas y tristes, en una larga fila por los parques. Una monja delante y otra detrás. ¿Qué harán las monjas con los huérfanos? ¿Les pegarán como yo a mis muñecas? ¿Serán esos niños las muñecas de las monjas? ¿Y después de pegarles sentirán lo mismo y estarán a punto de caer de sus caballos de madera?” Fue en busca de la niñera.

-Mamita, ¿las monjas tienen caballos de madera? No obtuvo respuesta. La cocinera miró al mozo que estaba encendiendo las baldosas de la galería.

- Cada día hace preguntas más idiotas esta niñita. ¡Caballos de madera!...

El hombre le dijo algo al oído, y ambos estallaron en una risotada. Ella no oyó lo que decían, pero sintió vergüenza y miedo.

-Abuelita –grito desesperada-. Abuelita.

Se abrazó al cuello de la abuela, sollozando.

-Los rotos estaban hablando cochinas en la cocina.

-¿Cómo la sabes, hijita? –preguntó la abuela, alarmada.

-Por la forma en que se reían.

La tía levantó los ojos del bordado y la miró con reproche.

-Deberíamos prohibirle a esta niña que acuse a los sirvientes.
Siempre inventa mentiras.

Pero la abuela sonrió dulcemente.

-Vuelve a jugar, querida.

Y la voz de la tía se dejó oír una vez más:

-Si vuelves a molestar, te voy a pegar con la varilla.

Sacándole la lengua, desde la puerta, la niña desapareció.

El mozo seguía encerando las baldosas. Un cuadrado blanco y otro negro. Tenía la camisa pegada al cuerpo y un olor ácido se desprendía de su piel, mezclándose con el olor de la cera.

-Te acabo de acusar a mi abuelita.

El hombre no contestó.

-Te he acusado y mi abuelita te va a despedir por reírte delante de mí con esa risa fea.

La cocinera se asomó desde la cocina.

-A ti también te van a despedir –le gritó la niña. La mujer salió enjugándose las manos con el delantal grasiento.

-Váyase mejor –dijo-. ¿No le ha dicho su tía que no venga a meterse aquí?

- A los dos los van a echar –seguía repitiendo obstinadamente la niña.

El calor era sofocante. Venía desde la cocina y se mezclaba con los rayos del sol que estallaban a través de los vidrios de la galería. La mujer se abrió la blusa. Tenía el cuello húmedo. El hombre la miró y se

levantó de un salto. La tomó por la cintura, hundiendo su mano por el escote de la blusa, que se abrió totalmente, dejando descubiertos los senos grandes y pesados de la mujer.

-No –dijo ésta-. No delante de la chiquilla.

A ella el miedo le paralizaba las piernas y le impedía respirar. No supo cómo llegó hasta la habitación de su madre. La contempló en silencio.

-Qué linda eres, mamá –dijo. Miró el pecho de su madre y vio que era pequeño. Su mamá era rubia y no tenía sudor en el cuello. La madre le tocó la frente. ¡Qué frescos eran esos dedos en su frente!

-Estás afiebrada –observo-. ¿Has corrido mucho?

-No, mamá.

-Anda a descansar, hijita. Yo voy a salir ahora. La besó, rozándola apenas con los labios.

-No te olvides de la lavarte la cara y las manos antes del té.

Desde la puerta le sonrió una vez más y salió.

Se quedó sola en la habitación de su madre. Respiró. El aire estaba impregnado de perfume. La ropa interior de seda, las zapatillas con el borde finito de piel, lo tocó todo. Sentía dolor en los dedos al dejarlos resbalar por la seda. Fue hasta el tocador y sintió deseos de embadurnarse la cara con las cremas. Lo hizo. Las había de varios colores. Y allí estaba el rojo, el rojo de las mejillas y el rojo de los labios. Se tiñó entera de rojo. Los párpados, el cuello y las manos. Experimentaba un frenesí en untarse con aquella pasta pegajosa.

Luego, sin saber por qué, empezó a bailar, a saltar de una cama a la otra: volaba de la cama de su madre a la del padre, hundiendo los zapatos embarrados en los cobertores de felpa; pero nada era suficiente. De un manotazo desprendió la pantalla de una lámpara y un frasco de perfume fue a romperse en mil pedazos contra el espejo. Al estruendo acudieron voces, gritos de horror.

-Siempre hemos dichos que esta criatura es perversa.

Pero la niña parecía no reaccionar. El cosquilleo estaba allí, entre sus muslos, como una caricia que la penetraba. Luces y manchones cruzaban ante sus ojos. Recordó la mano del mozo entre los senos de la cocinera, sus juguetes maltratados y aquello indescriptible que la hacía ser mala y, de súbito, vio una mano, una mano sudorosa y ardiente. Se volvió y enterró los dientes hasta el hueso de aquella mano.

Esa noche tuve fiebre muy alta y lloró largo rato. Por mucho tiempo no podría comprender que ella era simplemente una niñita más.

*

Niñita, de María Elena Gertner, 1954

También en *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Compilador: Enrique Lafourcade, Editorial Ziz Zag, Santiago de Chile, 1954).



María Elena Gertner

Nació en Iquique en 1932. Falleció en Isla Negra, Chile, el 25 de enero de 2013.

Actriz, guionista, escritora. Formó parte del Teatro Experimental de la Universidad de Chile en 1952, siendo además profesora de actuación. Por esos años también publica su primer poemario "Homenaje al miedo" (1950) y su más destacada novela "Islas en la ciudad" (1958), por lo que es considerada uno de los nombres más importantes de la llamada "Generación del 50". Sus apariciones en cine son breves y solo se acotan a *La Cadena Infinita* y en *Voto + fusil*. En 1954 forma parte de los guionista de *Confesión al amanecer*, del director francés Pierre Chenal. En este mismo rol de guionista fue una de las creadoras que sentó las bases del área dramática de TVN junto a Fernando Aragón, Néstor Castagno, Arnaldo Madrid y Jorge Marchant. Así, es responsable de las teleseries "De Cara al Mañana" (1982), "El Juego de La Vida" (1983), "Morir de Amor" (1985) y "El Milagro de Vivir" (1990). Como actriz también participó en varias telenovelas como "La Madrastra", "Mi Nombre es Lara" y "Las Dos Caras del Amor". El año 2005 recibió la orden al Mérito Pablo Neruda por una vida dedicada al arte y la cultura.

En: Cine Chile <http://www.cinechile.cl/persona-3107>